

RAMÓN RIQUELME

LA SOPA DE LOS DOMINGOS

I

Como una
mancha azul

como un dedal rojo
los pobres
esperan la sopa.

Viene hasta
la boca
abierta
como un
candado negro.
Penetra hasta
la ciudad húmeda.
Pero el hambre crece
como un gigante
de mil
ranas azules.
Los pobres
reciben
cada día
esta sopa.

Detrás crece el
silencio.

RÉQUIEM

I

Nadie quería que llegara.
Todos habrían
alzado sus brazos
para impedir
su llegada.
Cada uno pensó
que pudo evitar
su arribo
pero las voces
arañaban
el aire
golpeaban las hojas amontonadas
trataban de sacarle
palabras al
silencio.

II

Vino galopando
por los cerros
cargado de
rosas
rubias,
pero no se
atrevió a mostrar
el rostro,
tuvo miedo
de que alguien
lo viera asomarse
sobre los árboles
que cortaban el camino.
Ocultó sus manos
durante el día.
Atravesó
zanjas
y bailó
sobre el agua.
Después
durmió
de espaldas
a la arena
cubierta de
ojos piedras.

III

Sobre el amanecer
las palabras
llegaban a la
ciudad,
bajaban
hasta
la plaza.

Las puertas
abrieron sus
ojos.
Los dados
echaron a
correr por
las calles.

IV

Entonces
aquel hombre
fue llevado
y traído
por los gritos
que habitaban
las arcadas.
Entre las nubes
y el sueño,
entre las luces
y el sol,
aquel niño
fue despertado.

V

Todo fue
 viniendo
como si un
rayo
naciera
desde la madera.
Avanzó sobre la noche
y la poseyó
entera.

Le destruyó
los vestidos.
Convirtió su
cuerpo
en pequeñas
aldeas
donde la
sangre
ya no fue
roja
ni verde
ni ocre
ni opalina,
donde la sangre
fue nada,
fue vacío,
fue silencio.

VI

Los que cerraron
sus puertas
a su paso
conocían su voz,
habían palpado
su voz.
Sobre las
colinas mojadas
estaban los
sueños
abiertos y
callados.
Las hojas
negras
habían visto
su muerte
y se lo dijeron al viento.

SEXTETO EN TRES MOVIMIENTOS

I

Que el aire deje
de venir
hasta las hojas.

Que la fuente
seque sus
lágrimas.
Que el viento
destruya los rostros.
Que el olvido
eche cenizas
sobre los labios.

II

No olvido
el retiro
del árbol
de la conversación,
era el más alegre
de los otros,
era el más querido
de los duendes,
pero el árbol se
perdió
en un viaje
que hizo
hasta las nubes.
Una araña-anciana
devoró
su cuerpo
de ángel-lluvia.
Cuando
las golondrinas
volvían del norte
encontraron
en el acantilado
parte
de este
árbol-niño.

III

El
sol
va cortando
los árboles.
Los delfines
abandonan

la fiesta
para unir
sus ojos
a las lamentaciones
del coro
que quiere
festejar
el robo
del caracol.
La mujer
es un
botón
de agua.
La mujer es una
lengua de los vientos
que se desata
en azotes
sobre las
piedras
que contemplan
su silencio.

IV

Habitante
recoge tus
manos,
oculta el
llanto,
haz que
tu pelo
se reseque
sobre
la piedra.
Vuélvete ciego,
hazte sordo,
sé mudo,
suéñate
enano,
posee un
sexo
que se agite
como
péndulo
de sal.

V

Las maldiciones
llegan y
llegan.
Son
como la arena
que decide
habitar
en mis
zapatos.
Surgen como
maderos nuevos
dispuestos a
quedarse en el
interior de los
oídos.

VI

No hay ninguna
presencia
para el odio.
No hay deseos
de volver a los
mercados.
No hay esperas
ni despedidas.
No hay nada
que una
los brazos para
el trabajo.
El movimiento cesa.
El hombre ha
roto el vaso,
ha descubierto
su propio
misterio,
ha deseado su
propio hartazgo.
Recupera el sueño
y reconoce sus
manos
que se vuelven
turgentes
sobre unos
senos nuevos
y deseados.

LOS CASTIGOS

I

Castigo
por mi soberbia.
Así sucede
cada día.
Los dientes se me caen,
el pelo pierde su raíz,
los ojos no proyectan
la luz,
las manos no escriben,
el sexo no se despereza.

II

Castigo
por mi gula.
Dios rechaza
el placer de comer
pero yo estoy
por este placer.
Corro por las
calles,
levanto los
brazos,
pido dinero
y corro
hasta las
pastelerías
y los mercados
para recibir los alimentos,
los propios
y los ajenos.

III

Castigo por
mis deseos.
Soy un árbol
joven
que vive en

compañía
de mujeres
núbiles,
de mujeres frías,
de aquellas cuya
semilla
ha sido
secada
por el viento.
Por las mañanas
recorro los mercados
tratando
de abrazar
piernas.
Por la
tarde
veo venir
los sexos
hasta mi
tienda.
Por la noche
cojo
mis redes
vacías.
Debo acudir
a mi propio
cuerpo
para cumplir
con el rito.

ANULACION DEL SUEÑO

Debo dejar
que los ojos
se vayan
por el mar
y por los cerros
como jóvenes
pastores.
Tú estarás
recogiendo
piedrecillas,
junto
al camino
viejo.